

RECIBIDO / RECEIVED	5 de mayo de 2022
ACEPTADO / ACCEPTED	5 de mayo de 2022
PÁGINAS / PAGES	De la 33 a la 35
ISSN / ISSN	2386-2912

De bruces en el charco

Autor / Author

POBLET, Miguel Ángel. Prólogo de Ángel Barahona

Editorial / Publishing company

EDITORIAL NUEVO INICIO, 2022

«**S**e han ido apropiando del pensamiento. Han acostumbrado a la gente a no pensar y han ocupado ese vacío con el pensamiento único. Pero nadie tiene la sensación de que se lo estén imponiendo. Es una obra de reingeniería social perfecta: consiguen que todos piensen lo mismo, sin ejercer violencia aparente, y que cada uno crea que es dueño de sus ideas. Educación, medios de comunicación, anulación de la familia, etcétera; los medios los conoces de sobra, son los de toda la vida. Vivimos en la época de mayor totalitarismo de toda la historia y la gente cree que es la de mayor bienestar. Lo cree de verdad. Aplauden un supuesto bienestar que los va despojando gradualmente de su dignidad como personas» (pp. 34-35). Son palabras de Albert a Sonia, protagonista de la novela.

El autor sitúa la trama en un mundo futuro, y a la vez reconocible, no muy distante de lo que ya estamos viviendo. La pérdida de libertad y el desprecio a la razón —aunque ya presentes en la sociedad actual— se hacen más patentes aún en el contexto de la novela, con más descaro y crudeza.

Sonia es una psicóloga de treinta y dos años que, a pesar de disfrutar de una vida cómoda, no puede conformarse con una realidad que se le impone y ahoga su libertad. La novela arranca con una conversación entre Sonia y Samuel, recién ingresado en el Centro de Regeneración donde ella trabaja, destinado a los que han cometido delitos de odio. Samuel niega su delito, algo que sorprende porque es una persona muy cercana a quien ostenta el máximo poder político.

Los dos primeros capítulos sitúan al lector en el contexto en el que se mueve la protagonista y dan paso al primer grupo de personajes: Samuel, Mark y Albert. El autor perfila la relación entre Mark y Sonia como «lo más parecido a lo que antes se conocía como matrimonio» (p. 19). Ambos disfrutaban de las mismas comodidades; pero Mark, a diferencia de ella, no necesita más para ser feliz, no echa de menos nada, lo que tiene colma su medida de felicidad. También aparece Albert, aficionado a la literatura y la filosofía, que es el «filósofo de cabecera» de Sonia (p. 35).

Con la sola lectura de estos dos capítulos, podría pensarse que se trata de otra distopía más en forma novelada. Sin embargo, a partir de aquí, poco a poco, y conversación tras conversación, el lector puede ir adentrándose suavemente en la situación existencial de cada uno de los personajes, que parece que es lo que motiva al autor. No es tanto que la situación social sea irrelevante como la percepción de que se trata de un telón de fondo necesario y, en todo caso, posible, para presentar en primer plano las preguntas radicales y atemporales a las que todo ser humano se enfrenta cuando trata de entrar en lo profundo de su ser. ¿Para qué vivo? ¿Se puede ser feliz? ¿Existe Dios? Para elaborar este escenario imprescindible en la trama, el autor recurre a conceptos muy actuales, como el uso de los datos, los algoritmos o la sostenibilidad; elementos que no demoniza, pero previene de su posible abuso, bien en forma de manipulación bien como idolatría.

En la segunda parte de la novela, emergen los personajes que encarnan el cristianismo: David, María, Lucas y Ester. Cada uno a su manera, en el papel que le corresponde, se encarga de dar «razón de su esperanza», en palabras de san Pedro. Si hubiera que destacar un solo rasgo de la novela sería la naturalidad, la frescura y la fuerza con la que expone el modo cristiano de pensar y de vivir, enraizado en las primeras comunidades cristianas y «anclado en el kerigma» (p. 12), citando el prólogo; y que el autor deja entrever como la forma —en este caso no solo posible, sino probable— en la que los cristianos deberán asumir que es a lo que parece abocarlos la historia.

Sería un error etiquetar *De bruces en el charco* como una novela religiosa. El autor respeta la inteligencia del lector, como también se dice en el prólogo, dejando espacio para que cada uno saque sus propias conclusiones y decida dónde situarse. Lo que sí hace es empujar al lector de cualquier condición a enfrentarse a «las preguntas radicales, las esenciales y válidas para cualquier época de la historia» (sinopsis).

Siempre es reconfortante descubrir un libro que trata ideas profundas de forma sencilla, y *De bruces en el charco* es uno de ellos. El autor recurre casi exclusivamente al diálogo, sin detenerse en descripciones; y lo hace de una forma ágil, facilitando la lectura y atrapando al lector desde sus primeras páginas. Si entretiene y obliga a la reflexión, ¿qué más se puede pedir?

Son muchos los temas tratados en pocas páginas, que se esbozan para despertar el interés y profundizar en ellos: los naturales, como la libertad, la manipulación, la eutanasia o el transhumanismo; y los sobrenaturales, como el sufrimiento de los inocentes, la culpa, el perdón, la oración, la gratuidad, la esperanza o el martirio. Sobre este último, el autor demuestra un interés particular como la forma suprema de testimonio.

Miguel Ángel Poblet (Madrid, 1969) se estrena como escritor con una novela muy existencial, en la que demuestra un profundo conocimiento y preocupación por la condición humana, sus sufrimientos y sus anhelos. Y comparte una gran variedad de reflexiones, algunas de ellas producto de la lectura de obras de Fiódor Dostoyevski, Albert Camus, Henri Bergson, Samuel Beckett o los filósofos griegos, a los que cita; y probablemente, aunque no citados, de Chesterton y santo Tomás Moro.

Por último, se sugiere al futuro lector que respete el orden lógico de la lectura, empezando por tanto por el excelente prólogo de Ángel Barahona; pero que no deje de releerlo una vez concluida la novela, seguro que lo agradecerá. ■

SENDRA RAMOS, Cristina

Universidad Francisco de Vitoria
cristina.sendra@ufv.es